



Sylvia Iparraguirre
La vida invisible
Buenos Aires
Ampersand
2017
133 páginas

Lectura y experiencia: textos y vida a dos columnas

Clelia Moure¹

La destreza narrativa de Sylvia Iparraguirre logra imprimir un orden temporal a la intensidad de la lectura y de la vida, dos planos de experiencia indiscernibles. Este libro es un itinerario en el que se cruzan sin oponerse lecturas diversas y anécdotas inolvidables, y es al mismo tiempo un feliz y agradecido testimonio de esa experiencia vital cuyo placer mayor radica, para la autora, “en el poder de

suspensión de la realidad circundante” (2017: 8). También es un homenaje a los autores amados y a su compañero de vida y de lecturas, Abelardo Castillo.

En el fluir suave de la prosa, que tiene dosis equilibradas de diario personal y de relato autobiográfico, los lectores asistimos a la conjunción de dos deseos: el deseo de leer, y el consecuente deseo de escribir la lectura:

Muchas veces he sentido la necesidad de escribir algo ni bien he cerrado un libro, algo que cae a la escritura al solo impulso de lo que la lectura provocó. También, de manera indirecta, algunas reflexiones o notas al pasar, que surgen espontáneas cuando lo que leemos provoca una conexión con otra cosa. (Iparraguirre 2017: 101)

¹ Doctora en Letras, Profesora Adjunta en el área de Teoría Literaria del Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, UNMdP.
Mail de contacto: cimoure@gmail.com

Desde los libros descubiertos en la biblioteca de sus abuelos, en Los Toldos, hasta la biblioteca imponente de Abelardo Castillo, Sylvia Iparraguirre dialoga con ellos y nos hace partícipes de esa comunicación, siempre asombrada. Aquella biblioteca familiar provocó su primer encuentro con un autor que la marcó, grabando a fuego su sensibilidad y su memoria: “Tendría doce años cuando, un día, saqué de esa biblioteca un libro con nervaduras y filigrana dorada: *Marido y mujer*, de un tal Tolstói” (18). Esa amistad personal con Leon Tolstói atraviesa todo el libro y queda demostrada en el capítulo séptimo, el único dedicado íntegramente a la lectura de una sola novela: *Ana Karenina*.

Momentos particularmente intensos de este libro, felices para la autora y desde luego también para el lector que los disfruta con ella, son los tres relatos de encuentro personal con escritores especialmente amados y admirados. Antes de detenernos en cada uno de ellos, vale señalar un rasgo que los caracteriza: son más que anécdotas, se configuran como materia viva en el recuerdo y en su transposición a la escritura. Efectúan aquella condición de la lectura que Iparraguirre supo definir en las primeras páginas: “el poder de suspensión de la realidad circundante”; mientras leemos olvidamos que esto es literatura. La primera de esas tres historias es el encuentro con Cortázar. “Hacia años que se escribían [con Abelardo Castillo], pero Cortázar quería conocerlo personalmente y conocer a la gente de *El escarabajo de Oro*. Vino al departamento de Pueyrredón.” (Iparraguirre 2017: 30) Una ráfaga de jazz les salió al paso cuando estaban entrando al escritorio; Cortázar reconoció de inmediato a Charlie Parker y sonrió agradecido, sin saber que Abelardo había encendido la radio un

rato antes, y el encuentro con la música de Parker era fruto del azar. El desconcierto de Sylvia y el asombro de Abelardo no fueron compartidos por Cortázar quien “ni se inmutó y explicó que estaba en el orden de las cosas inexplicables que le sucedían todo el tiempo”. La historia narra un encuentro inolvidable, pero también presenta al autor de *Rayuela* ligado al sutil desplazamiento entre la percepción y lo que suponemos que es la realidad, característico de sus mejores relatos. También fue un momento inaugural: para nuestra autora significó “el conocimiento, larga y numerosamente corroborado, de que la literatura crea sus propias magias parciales” (2017: 30).

El capítulo tercero: “Un profesor” está íntegramente dedicado a Borges. En él se narra con precisión historiográfica la experiencia del examen final frente al maestro, en aquel momento profesor de Literatura Inglesa en la Universidad de Buenos Aires. Pero Iparraguirre no se enfoca tanto en ella; una vez más, aprovecha la anécdota personal para presentar un aspecto, un rasgo, un matiz del autor consagrado que lo acerca y lo humaniza. La alumna ha estudiado pero la situación de examen y la celebridad del profesor la intimidan; tartamudea, trastabilla, emplea mal un término... Borges le explica con suavidad en qué ha consistido el error y después de unos minutos, inesperadamente le pregunta: “¿Qué le parece? ¿Para cuánto estará su examen, para un ocho, un nueve?” Me quedo muda, no logro sonreír. “Tiene un nueve, distinguido” (2017: 45). Así como era cordial y generoso, siempre sonriente en los exámenes finales, era amable y apelaba al humor durante sus clases:

Explicando una batalla entre sajones y britanos decía que no imagináramos grandes ejércitos disciplinados de tipo napoleónico. “Eran un montón de gente –decía– como si pelearan los de Temperley contra los de Lomas de Zamora”. [...] Para comentar la prepotencia y el coraje de Beowulf, lo asimiló a un compadrito de un barrio de Buenos Aires y recitó la copla:

Soy del bario ‘e Monserrá
donde relumbra el acero
lo que digo con el pico
lo sostengo con el cuero.
(Iparraguirre 2017: 43-44)

Borges es para Sylvia Iparraguirre mucho más que el autor genial de una obra singular e ineludible. Es una presencia constante que ha determinado su vínculo con la literatura y con la vida. En muchos momentos – afirma a título de confesión privada– “ha tenido la rara virtud de apaciguarme, de serenarme en momentos difíciles o dolorosos”. Como para poner en claro la naturaleza de su conexión con el maestro, nos ofrece un ejemplo luminoso: cuando se cruza una calle o un barrio de Buenos Aires y se produce en la memoria “una encrucijada topográfico-textual [...] ese autor se ha hecho uno con nosotros” (2017: 46).

El tercer encuentro con un autor amado tiene una característica peculiar: no fue protagonizado por ella, sino narrado por la esposa de quien lo vivió, en una visita que tuvo mucho de casual. A pesar de esa doble mediación, la anécdota vibra y se sostiene poderosamente con la misma vitalidad que las anteriores, preservadas en la memoria personal de la ensayista. Y como las anteriores, nos presenta un rasgo desconocido –o poco conocido– del escritor, en este caso, el enorme pensador, teórico y crítico de la literatura que es y será siempre Mijaíl Bajtín. Para quienes compartimos con

Iparraguirre la admiración y la gratitud que nos despierta su obra, su talento y su genialidad, esta historia es muy conmovedora. El dato que todos –o al menos todos los interesados– conocemos de la biografía de Bajtín (a saber, que una de las purgas de Stalin lo deportó a Siberia en 1930) deja de ser un dato frío y sin color para convertirse en una bella y triste historia que se recorta en el ensayo con una luz propia y un tono singular. A partir de 1985, con la apertura de la Unión Soviética que significó la era Gorbachov, algunos intelectuales o profesionales rusos comenzaron a visitar la Argentina. Sylvia y Abelardo recibieron a varios de ellos en su departamento. Así conocieron a “una mujer, Irina, doctora en Ciencia Política que era (o había sido) funcionaria del gobierno ruso.” (2017: 82) Su esposo –Iparraguirre lamenta no recordar el nombre– profesor universitario y escritor, había sido expulsado del Partido, se le prohibió enseñar y se lo obligó a trabajar como periodista en el diario *Pravda*. Durante una comisión de trabajo que lo lleva a recorrer miles de kilómetros, se encuentra en un pequeño pueblo muy alejado de Moscú con un joven inteligente y despierto que le habla con admiración de Mijaíl Bajtín, su profesor de literatura. El escritor y profesor devenido periodista – especialista en Dostoievski y admirador del gran teórico proscrito– pensaba que Bajtín estaba muerto, que no había sobrevivido al forzoso exilio siberiano. Todavía incrédulo le pide al chico que lo lleve a la casa de su profesor. El joven lo conduce por las callecitas de un barrio suburbano, llegan a una *isba* muy modesta. Les abre Elena.

Los hace pasar y allí se encuentra, cara a cara, con Bajtín. Condenado a Siberia a los 34, tendría en ese momento entre 66 y 67 años. Vivían

apenas con lo necesario. Le llamó la atención lo precario de la biblioteca: dos o tres estantes con unos cuantos volúmenes. [...] Luego de horas de charla, ante la pregunta asombrada, conmovida, del viajero de cómo había podido escribir el *Rabelais*, libro de una erudición aplastante, en esas condiciones y con esa biblioteca, Bajtín respondió: “escribiendo y pensando, y pensando y escribiendo.” (Iparraguirre 2017: 83-84)

El resto del capítulo es un reconocimiento agradecido a ese maestro lejano, a quien no conoció personalmente, pero con quien mantuvo un apasionado diálogo que la hizo crecer. Como aquella “encrucijada topográfico-textual” evocada al cruzar una calle o un barrio de Buenos Aires que la lleva de regreso a un cuento o a un poema de Borges, la experiencia de lectura de la *Teoría y estética de la novela* de Bajtín está asociada a un viaje; leer es (qué duda puede haber a estas alturas) una experiencia física, espacial y temporal, un buen ejemplo de lo que la singular lucidez de Bajtín denominó *cronotopo*:

Recuerdo haber leído de manera hipnótica, en un viaje en tren de Buenos Aires a Junín, la *Teoría y estética de la novela*. Cada tanto, levantaba los ojos para ver dónde estaba, seguramente con esa mirada de sonámbulo que tiene un lector atrapado por un libro [...] Yo crecía. En un viaje de cuatro horas y media crecí años. Había hecho un salto cualitativo en mi formación. (Iparraguirre 2017: 84)

En el condensadísimo “Diario de libros”, el octavo capítulo, la autora nos ofrece un amoroso recorrido por aquellas lecturas que afectaron su sensibilidad y fueron dejando su huella a lo largo del tiempo. Faulkner y las

hermanas Brontë; Philip Roth y Albert Camus; Scott Fitzgerald, Dylan Thomas, Manuel Puig, Virginia Woolf. Sin orden ni aparente concierto, porque el tiempo de la lectura no obedece a ninguna cronología conocida, todos ellos integran una constelación de textos (imágenes, recuerdos y deseos, conectados con ideas y experiencias) que permanecen vivos y activos en la memoria personal. Sylvia Iparraguirre ha decidido contar esa experiencia aun a sabiendas de que es intransferible. Tal vez con el secreto propósito de que el lector inicie ya, sin pérdida de tiempo, su propio recorrido.